

# Octavio aquí y ahora

Gonzalo Rojas

*Defunctus adhuc loquitur*, decían los romanos: todavía nos habla el muerto, y en el caso de Paz, uno debiera callarse. Leerlo, releerlo. Lo demás es foto pobre: (*tan lúcido que era, tan mexicano mágico, tan entero*). Nostalgia aparte, permítame el lector esta imagen movida sobre el que hace apenas un año salió de esto, y aún respira con nosotros. Yo también me estoy yendo.

Todavía me parece estar ahí en el Palacio de Bellas Artes de México aquel mediodía de abril del año anterior, cuando me fue dado decir esas palabras ante el túmulo de Octavio Paz, después de las de Enrique Krauze, y previas a las del Presidente Zedillo. No hubiera soñado ese privilegio en un minuto tan aciago para las letras de nuestra América, y para la lengua toda.

Alguna vez habré escrito que él es un precursor de lo distinto al cierre de este siglo que se va con nosotros; un fundador estricto. Un pensador de esta lengua que tanto amamos. Eso es, y más, un poeta necesario, lo mismo en nuestra España que en nuestra América.

Volviendo al episodio del túmulo, dije allí lo mío espontáneo y parco, como me correspondía, sin patetismo ni asfixia. Horas antes alcancé a verlo en esa caja mortuoria en el Palacio Alvarado en un brevísimo velatorio, y literalmente hablé con él. ¿Y esto era el Mundo, Octavio? Tanto en la capilla fúnebre como en la ceremonia oficial le dije lo mismo de lo mismo en la vibración de lo efímero, frente a lo imperecedero de su obra —«De veras, hermano mío, somos un parpadeo en la historia»—.

¿Cuándo lo conocí? Leyéndolo en pie como toda mi generación y rele-yéndolo en *El Arco y la Lira* y *El Laberinto de la Soledad*, y creo haber sido el primero en escribir en mi país, casi con vaticinio, sobre sus admirables ejercicios, del 50 adelante.

Pero el primer conocimiento de su palabra data de 1942, en aquel ensayo suyo *Poesía de Soledad y Poesía de Comunión* en el que ya germina el humanista y el pensador. Más tarde lo encontré en su México en abril de 1959, a mi regreso de mi primer viaje a China. Lo muy singular es que en la misma semana pude dialogar con las dos estrellas mayores del México

contemporáneo: Alfonso Reyes, en su domicilio de Benjamín Hill, y este Paz en la Secretaría de Relaciones. Lo que me fascinó desde el principio fue la destreza de Octavio para hilar y deshilar pensamiento, su dominio dialéctico y esa especie de disponibilidad para oír al otro y entrar mágicamente en lo *Otro*, lo que no impedía la sana intransigencia que de repente me recordó a la de Breton. No es que habláramos de surrealismo aquella vez, pero el azar objetivo funcionó con encanto. Cuánta lozanía, cuánta conciencia crítica del lenguaje, cuánta vivacidad en esos encuentros en mi hotel de la calle Jesús Terán número 35 o en las calles de su México D. F. caudaloso que por cierto no llegaba como ahora a los 25 millones.

Por él conocí en persona a los más pintados exponentes de la plástica, la música y las letras de México de esos días. Todo ello al margen de la academia por supuesto, que nos hartaba por igual a los dos. Recordamos la hermosa clave de Apollinaire sobre la tradición y la invención, la aventura y el orden, y ahondamos en su idea de la tradición de la ruptura. Si me cautivó su disposición receptiva, me fascinó su gracia disidente. Parece que en él había encarnado esa propuesta de André Breton: «Je ne suis pas l'homme de l'adhésion totale».

Así pues todo se me dio como un pacto en la defensa de la poesía a la intemperie, fuera de toda consigna; mi talante igualmente disidente coincidía en buena medida con el suyo. No hablamos mucho sin embargo en cuanto a hablar, aunque dialogamos hondo, por dentro. Conservo sus cartas; no todas, lástima, pero ahí sigue ardiendo la misma lucidez.

Cuando la matanza del Tlatelolco, me escribió desde Nueva Delhi instándome a que difundiera en América del Sur aquel poema áspero, lo que naturalmente hice, con admiración al *poeta - conducta* que sembraba libertad en la cabeza de todos los jóvenes de la Patria Grande. O, por lo menos, del otro México que somos todos.

Pasó el tiempo y fuimos encontrándonos una y otra vez por el mundo hasta que en 1984 concurrí al homenaje al joven septuagenario que me pareció más lozano que nunca.

Me honro con haber colaborado lo mismo en *Plural* que en *Vuelta*, aunque mucho más en *Vuelta*; pero me honro todavía más con haber nacido y escrito en el mismo horizonte de tiempo del gran mexicano incesantemente resurrecto. Suele decirse que los grandes escritores pasan por un *inferno* necesario y purificador, de décadas y décadas, hasta establecer su jerarquía y entran así en un plazo de ocultamiento como decía Breton del surrealismo mismo cuando los críticos hiperlúdicos decretaron la defunción del movimiento. ¿Qué más, qué más? No lo veo muerto. Y por lo menos *me es* a mí como ninguno de los paisanos de mi plazo. A Huidobro le costó vol-

ver pero volvió. Borges está volviendo a cada instante y no por la miseria de la efemérides. ¿Quién no cumple cien años? Todo esto, claro, hablando de tres que se parecen en más de algo, por poetas del pensamiento, sin excluir a veces el desgarrón afectivo.

En cuanto a Paz, no. No lo veo muerto. Él no tenía nada que ver con la vejez ni con la muerte.

Escribir sobre él con un lenguaje que no sea el de la pasión es imposible y estoy haciendo más las palabras que él dijera sobre André Breton, quien en tanta medida nos unifica y nos enlaza en el proyecto de la gran búsqueda del comienzo, de la Palabra del principio, sin mancha ni pecado original. Alguna vez escribí que los poetas son niños en crecimiento tenaz. Octavio fue ese niño, Borges también lo fue con sus 100 años a costas aunque de otra dinastía, Huidobro, Matta, Vallejo, Darío mismo un poco antes. El *to be* del inglés viene del germánico remoto *bhou*, que significa crecer. De modo que cuando *somos* más bien *crecemos*.

Por eso y por nuestra filiación surrealista disidente –en su caso y en el mío– lo saludé con un ejercicio arbitrario y necesario a la vez, como toda poesía, al cumplir los 77. ¿Quién no sabe que el 3 es el número de Occidente y el 4 el de América precolombina?

Ese texto, casi escrito al dictado automático, dice así:

### Urgente a Octavio Paz

**77** es el número de la germinación de la otra  
Palabra, en lo efímero  
de la vuelta

mortal

con tanto Octavio todavía

por aprender del aire, con tanta ceiba  
libre que uno pudiera ser, si uno pudiera  
ser ceiba en la tormenta con exilio  
y todo en la germinación del número

de esta América de sangre con ventisquero  
y trópico y grandes ríos  
de diamante, sin más tinta  
que esta respiración para escribir tu nombre más allá de las nubes  
de México ciego hasta cómo decirlo  
el otro México que somos todos cuando la aorta  
del amanecer abre ritual el ritmo de las violetas

carneles de la poesía, las muchachas de bronca que marchaban airoosas al sacrificio

desnudas al matadero por nosotros antes de parirnos  
altas en su doncellez hacia lo alto de los cóndores

desde donde jugamos mientras caemos página  
tras página en este juego de adivinos  
del siempre y el nunca de las estrellas y tú te llamas por ejemplo  
77 ángeles como Blake y yo mismo me llamo  
77 especies de leopardos voladores porque es justo que el aire  
vuelva al aire del pensamiento y no muramos  
de muerte y esto sea el principio Octavio  
de otro principio y otro, y además no vinimos  
aquí a esto.

¿Cuánto quedará de sus libros innumerables?, ¿cuánta letra acostada en esos yacimientos de oro y aluminio, y alguna escoria?, ¿veinte títulos? ¿diez? ¿O menos, o qué importa? El poeta es fuego, la palabra estopa: viene el viento y sopla, como el hombre y la mujer cuando se aman, y no sirven de nada los 3.000 webs en el Internet. Que lo digan los griegos inmortales: 20 líneas, Safo; cuatrocientas escasas, Heráclito divino. Pocos han hablado con el Hado por nosotros. El habló. Neruda habló. Octavio habló desde la vivacidad y la transparencia. A ver, inventemos un juego, surrealista o no. Dibujemos dos líneas en el aire, como en cruz: la horizontal se llama pathos y experiencia; la transversal o vertical, que la corta, es la cuerda del pensamiento, ese logos difícil. Instalemos esa brújula en el aire y situemos algunos nombres de nuestros próceres poéticos. La vertical Norte - Sur, o del pensar hiperlúdico registra la vivacidad imaginaria y la conciencia crítica del lenguaje: Huidobro, Borges, Paz, la gracia, el destello del humor; la horizontal (Este - Oeste) la gravedad, el peso, la «terribilità», el desollamiento del *no sé*: Vallejo en una punta y Neruda en la otra, ¿dónde situar a otros grandes, a Darío, por ejemplo?; ¿más poeta del pensar que de la Existencia? ¿Y la Mistral, de las *Materias*? ¿Y los más próximos?

Un juego, y nada más. En todo caso Octavio es del dominio lúcido como Huidobro y no del *sucede que me canso de ser hombre*, en la vertiente de la asfixia existencial.

A un año de su muerte no hace sino crecer. Esto quiere decir que no hace sino ser y más ser como los alerces, de los grandes alerzales del sur. Parecerá irrisorio pero el año 97, sobre octubre, quisimos traerlo a este sur del